



Curso E-Quip de Fe y Vida Cristiana Ortodoxa

UNIDAD 1C: HISTORIA DE LA IGLESIA

26: El Crecimiento de la Ortodoxia Rusa y la Reforma en el Occidente

La Conversión de La Rus

Las tierras al norte del Mar Negro eran llamadas “Escitia” en los textos griegos, por los antiguos habitantes de antes de la era cristiana. Las Iglesias Orientales conservaban las tradiciones de la obra misionera de San Andrés el Apóstol a través de Escitia y mantenían misiones en estas regiones. Las misiones bizantinas invariablemente se establecían desde Crimea y los puertos vecinos (Klímata), todavía parte integral del Imperio. Constantinopla envió misioneros, con éxito variable, a las federaciones tribales que ocupaban lo que ahora llamamos Ucrania y Rusia. Estas fueron en sucesión a los Alanos, Antes¹, Godos, Hunos, Avaros, Búlgaros, Jázaros, Varegos, Húngaros, Patzinakos, Cumanos, y Uzos. Con la excepción de los Alanos y los Godos, parece que todas aquellas comunidades que abrazaron el Cristianismo Ortodoxo eran casi por completo aquellas que se habían reasentado en los territorios bizantinos.

La creación de una serie de estados llamados “Rus” – compuesto por elementos suecos y eslavos, y situados a lo largo de las principales rutas de comercio desde Escandinavia hasta Bizancio inclinó la balanza a favor de una presencia cristiana duradera. Un estado de la “Rus”, establecido en las riberas del Mar Negro (Tmutorokan en el 825), fue inmediatamente atraído hacia la órbita bizantina y era claramente de mayoría cristiana. Por el 860 la Rus era lo suficientemente fuerte como para hacer salir a las tribus turcas fuera de las Estepas, dominar el Imperio Jázaro mayormente judío y unirse bajo el Príncipe Oleg (880).

Las fuentes bizantinas hablan de una diócesis rusa establecida por el Patriarca de Constantinopla tan temprano como en el 867. El Patriarca Focio (c.810-895) declaró que esto era un desarrollo momentáneo y dio testimonio de que los belicosos rusos eran ahora “amigos y aliados” del Imperio Bizantino. Cerca del 874 había sido nominado un arzobispo para que presidiera sobre las misiones en Rusia.

Los cristianos rusos actuaron como cosignatarios de un tratado con Bizancio en el 944. La fuerza de esta creciente comunidad animó a la Princesa Olga de Kiev a aceptar el bautismo en

¹ Antes: o Antae. Fueron una antigua unión tribal en Europa Oriental que vivió al norte del bajo río Danubio y el Mar Negro (en el territorio de la moderna Moldavia y Ucrania) en los siglos VI y VII (Nota del Editor).

Constantinopla (en el 960). Para Kiev este fue un acto en gran parte simbólico que reconoció los lazos comerciales y relacionó de manera más estrecha a los dos estados, sin embargo, provocó una renovación del paganismo entre los rusos. Un nuevo príncipe pagano, Sviatoslav (†972), organizó campañas contra Bizancio desde Kiev.

A finales del siglo X la elite kievana tuvo que aceptar que el bienestar económico, político, cultural y espiritual del norte no podía ser asegurado por mucho tiempo a menos que se hiciera una estrecha alianza con Bizancio. Por lo tanto, el Príncipe Vladimir aceptó el bautismo (988) como parte de un acuerdo global con Bizancio, el cual incluía el necesario apoyo militar para el último. Según la "Primera Crónica Rusa"¹ (completada alrededor de 1116) esto fue después de un largo proceso de investigación de las religiones de los países vecinos y del impacto de la experiencia de la Divina Liturgia en Hagia Sophia en Constantinopla. La recién establecida Iglesia Rusa recibió no solo su jerarquía, sino también su teología, liturgia, ley canónica, arte y música del Patriarcado Ecuménico. La nueva iglesia fue directamente dependiente de Constantinopla por seis siglos.

Tanto el nuevo alfabeto "cirílico" como un corpus importado de obras traducidas provenían en última instancia de la misión del siglo noveno de los Santos Cirilo y Metodio a la Gran Moravia. Se supone que la Gran Bulgaria fue la intermediaria y que el clero búlgaro hizo alguna contribución al proceso kievano de conversión. Es probable que los misioneros búlgaros trabajaran entre los pueblos periféricos de Bulgaria del Volga (los Chuvacios) que estaban relacionados con los Búlgaros del Danubio.

Un Metropolitano griego para Toda Rusia tomó su sede en Kiev a más tardar en 1037. Al principio los metropolitanos eran invariablemente griegos, pero en fechas posteriores parece que los griegos y los rusos se alternaban de acuerdo con algún patrón. Pues mientras duró el Imperio Bizantino el metropolitano de Kiev gozó del pleno respaldo de Constantinopla y a menudo era capaz de adoptar una postura independiente de los gobernantes locales. Existían siete diócesis bajo la supervisión de Kiev en el primer período, elevándose a quince a mediados del siglo XIII. Hasta el fin de ese siglo, Kiev fue la sede de la Metrópolis del norte, y continuó siendo la sede titular incluso al ser desplazada por las ciudades de Vladímir (1300) y luego Moscú (1308). Solo cuando Kiev cayó bajo el dominio polaco-lituano el Metropolitano adoptó el título "de Moscú y toda Rusia" (1458). Una Metrópolis separada fue establecida en Kiev en el mismo año bajo los auspicios romanos, retornando luego a Constantinopla (1470). Sin embargo, la cohesión de la Metrópolis original no fue restablecida en los territorios que corresponden

¹ La Primera Crónica Eslava o Crónica de Néstor (en ruso: *Повесть временных лет* (*Póvest vremennyj let*); en ucraniano: *Повість врем'яних літ*, literalmente «Los Relatos de Años Pasados») es la historia del primer Estado eslavo oriental, la Rus de Kiev, entre los años 850 y 1110, aproximadamente, y originalmente escrita en antiguo eslavo oriental en Kiev sobre el año 1113 (Nota del Editor).

ahora a la moderna Ucrania, Belarús, Polonia y los Estados Bálticos. Estos fueron de nuevo dependientes del Patriarcado Ecuménico.

Importantes fundaciones monásticas datan de principios del siglo XI. La más influyente, el Monasterio de las Cuevas de Kiev, fue fundada en 1051. Por lo general, los monasterios se adherían a la Regla Estudita, tomada de Constantinopla. En 1240 habían no menos de sesenta y ocho fundaciones monásticas. En contraste con las fundaciones de los siglos XIV y XV, los primeros monasterios eran casi invariablemente urbanos en su locación, bien situados para contribuir con la vida educativa, cultural y de asistencia social del medio secular.

Los monjes también proporcionaban modelos de conducta para la vida espiritual, varios de ellos, como los Santos Antonio y Teodosio, abades del Monasterio de las Cuevas de Kiev (1091), fueron más tarde glorificados como santos de las Iglesias Ortodoxas. Sin embargo, los primeros santos en obtener el reconocimiento nacional (1072) fueron dos jóvenes príncipes, los Santos Boris y Gleb, los “Portadores de la Pasión.” Este título indicaba una nueva definición para una vieja categoría de santos, los cristianos que escogieron morir como seguidores de Cristo en vez de oponerse a la violencia. Este era un ideal que cautivó la imaginación del norte ortodoxo, junto a la de los “Locos por Cristo” (inspirados por el Santo del siglo IX Andrés el Escita). Muchos santos rusos fueron glorificados en los siglos siguientes – no menos de treinta y nueve fueron añadidos al calendario ortodoxo en los concilios locales de la Iglesia de 1547 y 1549. El rápido reconocimiento de los primeros santos representaba una clara forma de aprobación desde Constantinopla y simbolizaba la madurez espiritual de la Iglesia Ortodoxa Rusa en la Comunidad Bizantina.

La Hegemonía Mongola/Tártara

Los movimientos de la población a través de Eurasia afectaron repetidamente el desarrollo de la civilización medieval rusa. Aunque los húngaros/magyares habían sido expulsados de las Estepas en el 893, alrededor del 1060, nuevas incursiones de las tribus túrquicas desde Siberia (Uzos) habían apresurado la fragmentación de Rusia. En el 1068 los Cumanos Túrquicos destruyeron Tmutorokan, la ciudad rusa más rica y cosmopolita (Tamatarkha, en el Mar Negro).

La madurez de las iglesias norteñas fue puesta a prueba con extrema severidad por las invasiones mongolas/tártaras del 1220. Vladímir fue saqueada en 1238 y Kiev en 1240. La única ciudad mayor rusa que salió ilesa fue Nóvgorod (una próspera república desde el 1170, dominada por mercaderes). Tuvieron que pasar más de dos siglos antes de que el dominio mongol/tártaro fuera repudiado y derrocado.

Habiendo perdido algunos puertos en el Mar Negro, los rusos se vieron cada vez más aislados de los eslavos del Sur y de los estados sucesores bizantinos, (los latinos habían saqueado Constantinopla en 1204). Después de la Cuarta Cruzada contra Bizancio, Rusia fue también el

blanco de una serie de campañas en su contra, lanzadas desde el Mar Báltico. Durante estas confrontaciones los rusos perdieron tanto el territorio en el norte como el fácil acceso al Mar Báltico y también ganaron una nueva relación, hostil, con el Occidente. San Alexander Nevski salvó a Nóvgorod para Rusia al derrotar la Cruzada Sueca en 1240 y a los Caballeros Teutónicos en 1242. Otros principados rusos buscaron la protección de una Lituania en expansión, en su mayor parte pagana en aquel tiempo. Algunos gobernantes cristianos ortodoxos ocasionales sirvieron como heraldos de una población rusa mayor y cada indicio mostraba que unos lazos más estrechos con los ortodoxos eran solo una cuestión de tiempo.

Durante este período a la Iglesia Ortodoxa Rusa le fueron garantizados ciertos privilegios, en cuanto las hordas destructivas se retiraron (generalmente hacia el occidente). En 1257 se había hecho evidente que los conquistadores del Asia Oriental pensaban eximir a la iglesia de cualquier tipo de impuestos. Este fue un asombroso ejemplo de la tolerancia mongola/tártara hacia todas las instituciones religiosas y dio espacio para la obra misionera a través de toda Asia. Así, este período, paradójicamente, fue testigo de un marcado incremento tanto en la posición como en la prosperidad de la Iglesia. Como en otras partes, los jerarcas de la Iglesia adoptaron los símbolos y los oficios del poder temporal para representar mejor a los fieles de su comunidad. Se sabe que el dominio mongol/tártaro permitió tanto a las Iglesias Cristianas Ortodoxas como a los Católicos Romanos conectarse con las comunidades cristianas a través de Asia y dedicarse a las misiones en tierras en gran parte musulmanas.

Conectado tanto con la experiencia de repetidas calamidades como con el nicho de oportunidades que le fueron permitidas a la Iglesia Ortodoxa, surgió un nuevo renacimiento de la vida espiritual. La pintura de iconos rusos gozó de una "nueva oleada," cuya culminación fue la obra de San Andréi Rubliov (1360-1430) y sus contemporáneos. La influencia de centros monásticos nuevos y siempre más grandes se expandió hacia el exterior, unida a la colonización monástica del norte salvaje, pronto conocido como la "Tebaida Rusa" en honor de las primeras comunidades monásticas del Egipto Cristiano. Fueron igualmente importantes los logros espirituales de una "escuela" completa de ancianos monjes, incluyendo a San Sergio de Rádonezh (1314-1392) y San Nilo de Sora. La recepción de las enseñanzas hesicastas de Monte Athos, el Sinaí y la Tierra Santa, añadió un nuevo vigor a este renacimiento.

Una sensación de crisis fue ocasionada tanto por el saqueo tártaro de Moscú (1382) como por las campañas de la Horda Dorada contra Lituania (1399). La agresiva expansión polaca culminó en la conquista de la Smolensk Rusa (1404).

San Nilo de Sora es mejor recordado por patrocinar a los "No-Posesores" por su firme oposición a la tenencia monástica de tierras de cualquier clase y a la acumulación de riqueza por la Iglesia. La acumulación monástica de propiedades exentas de impuestos y del poder económico era favorecida por otra escuela más prominente, los "Posesores." Su portavoz más efectivo era San

José de Volokolamsk (1439-1515). Con el triunfo de los “Poseedores” la Iglesia promovió ambiciosos programas de trabajo social a través de Rusia, nada menos que en el reasentamiento de los refugiados en las provincias alejadas.

Una Iglesia Ortodoxa Rusa

En 1589 Constantinopla elevó a la Metrópolis Rusa a la dignidad de un quinto y “último” Patriarcado Ortodoxo. Esto confirmó y aumento la aspiración existente hacia la “autonomía” proclamada en 1448. La medida también reconoció la necesidad que tenía la Iglesia de actuar de forma independiente después de la caída de Constantinopla ante los turcos otomanos (1453). A finales del siglo XV y principios del siglo XVI los rusos fueron aumentando su confianza. En Moscú se argumentaba que dos Romas, la Antigua Roma y Constantinopla, la Nueva Roma, ya habían caído, mientras que Moscú, la Tercera Roma, las había desplazado a ambas, y para siempre.

La decisión de 1448 sobre la autonomía había sido tomada en el período subsiguiente a una crisis provocada por Isidoro, Metropolitano de Moscú (1436-1441). La clase dirigente de Moscú, tanto la Iglesia como el Estado, había rechazado sus iniciativas para promover una reunión formal de las Iglesias Oriental y Occidental en el Concilio de Ferrara/Florenia (1438-1449). Isidoro entonces había sido depuesto y la reunión había sido anulada. Por lo tanto, la independencia eclesiástica del norte ortodoxo está históricamente ligada a una posición resueltamente antilatina. Esto fue admitido y recompensado por Constantinopla cuando Moscú fue finalmente reconocido como el quinto Patriarcado Ortodoxo en 1589. Tanto Constantinopla como Moscú estaban declarando audazmente su fe en el destino del norte ortodoxo y en el potencial de Moscú para reemplazar el ahora “cismático” patriarcado de Roma.

El Sinuoso Camino hacia la Reforma en el Occidente

El ímpetu hacia la Reforma en el occidente en el siglo XV no fue fundamentalmente doctrinal ni tocó la espiritualidad popular. Como Eamon Duffy ha explicado claramente en su interpretación revisionista de la Reforma en la Iglesia Inglesa, (“The Stripping of The Altars” Yale UP 1992), el pueblo de Inglaterra al principio hizo una fuerte resistencia a la “nueva iglesia;” reteniendo el catolicismo medieval seguidores tenaces y leales entre ellos. Es cierto que hubo puntos conflictivos de revuelta religiosa a través de Europa y el período previo a la Reforma no ha dejado de dar cuentas por el levantamiento de los Valdenses (por Pedro Valdo, siglo XII), los Lolardos (por Wycliffe, siglo XIV), y los Husitas (por Jan Hus, Siglo XIV) entre muchos otros. Estos movimientos religiosos son interesantes puesto que anticipan de cierto modo la extensión de las convulsiones de un período posterior a finales del siglo XVI, pero como instrumentos de reforma en su propia época fueron particularmente inefectivos y se suprimieron con mayor o menor facilidad. En el Siglo XV muchos a lo largo de la Iglesia Latina estaban de acuerdo en que

se necesitaba ya de una reforma, pero era una reforma de la moralidad (o de su carencia) especialmente entre el clero, de las corrupciones financieras y políticas de la Iglesia y de las debilidades administrativas que por igual ocupaban las mentes de los hombres.

Ciertas versiones parciales de la historia han descrito a veces un papado represivo en vísperas de la Reforma ejerciendo el dominio sobre todo el mundo cristiano occidental, pero en muchos sentidos no hay nada más lejos de la verdad. Los papas en este período habían sido dejados atrás en poder e influencia por los monarcas cristianos que habían comenzado a ganar su larga y ardua batalla contra la interferencia de Roma en aquellas partes de Europa que comenzaban a verse a sí mismas como naciones con aspiraciones y no solo como apéndices de un Santo Imperio Romano difunto, principalmente en Francia, España y Gran Bretaña. Por el momento estas naciones hacían causa común con Roma al no permitir que los derechos legales y de propiedad de la Iglesia Romana colapsaran pues esto podría muy bien desestabilizar la total dependencia cristiana de la cual eran parte. No obstante, ciertas tensiones y presiones, que luego resultarían catastróficas comenzaban a aparecer. Al final, el aumento del nacionalismo expansionista y de los intereses comerciales, que de cierta manera presagiaban el amanecer de la era moderna, demostró ser fatal para la concepción medieval de la unidad de la Iglesia Católica en el occidente.

Cuando el dique se rompió, fue el monarca cristiano el que hizo valer sus prerrogativas sobre Roma. Los reformadores religiosos, herederos de las antiguas tradiciones de disenso medieval, entonces simplemente ocuparon el vacío dejado por la desaparición del poder temporal de Roma. Buscaron e invariablemente encontraron la protección del príncipe cristiano que puede que no haya sido impresionado desde el principio por los argumentos religiosos. A veces fueron sus sucesores los que presidieron sobre las revaluaciones más radicales de la Iglesia y sus enseñanzas.

Este patrón se nos presenta clásicamente en la historia de la Reforma en Inglaterra. Enrique VIII rompió con el papado por su supuesto derecho a que su clero local decidiera sobre su divorcio, no siendo fácil que el Papa se sometiera a su voluntad, especialmente porque la mujer en cuestión, Catalina de Aragón, era la tía del Emperador Carlos V que mantenía al Papa como prisionero en esa época después de su saqueo a Roma en 1527. En otras palabras, “¡no molestes a la Tía Katia!” Esta pudiera ser una explicación razonable del motivo para la renuencia del Papa en complacer al Rey. Enrique mismo, si es posible ser católico sin el Papa, permaneció siendo un hombre de la “antigua religión” e hizo pocas concesiones a los reformadores religiosos que se unieron a su revuelta. Después de todo, en el 1521 el Papa León había recompensado a Enrique con el título de “Defensor de la Fe” después de la publicación de su obra: “La Defensa de los Siete Sacramentos” en la cual atacaba los preceptos teológicos del reformador Martín Lutero. Enrique no mostró ningún entusiasmo posterior por la religión protestante. Su batalla era por la supremacía en Inglaterra (y luego en su reino, por Irlanda) en asuntos temporales.

Fue bajo Eduardo VI (1547-1553) que era manifiestamente protestante y sus Lores Protectores que Inglaterra realmente se hizo una nación protestante bajo su Arzobispo de Canterbury, Thomas Cranmer. El reinado sangriento subsiguiente de María podía hacer poco para cambiar aquello. Quedó para Isabel I fraguar un nuevo Acuerdo sentando luego el precedente característico anglicano de evitar todos los extremos y combinar la monarquía con una reforma moderada contra los puritanos calvinistas y los católicos no conformistas más radicales y persistentes. Pero, esto está muy, muy lejos de ser la batalla contra Roma de un monarca católico macho alfa para asegurar su propia sucesión dinástica. En muchos sentidos y cualesquiera que sean los argumentos para la reforma religiosa, el registro histórico muestra que la Reforma religiosa SOLO tuvo éxito donde un monarca cristiano estuvo preparado para desafiar a Roma y proteger el disenso religioso. Siendo así para Calvino, Zwinglio, Lutero y la mayoría de los Reformadores... excepto para aquellos anabaptistas proponentes de una Reforma Radical como Zwickau, Müntzer y Sattler a quienes pocos protegieron y, es más, Lutero, Calvino y Zwinglio mismos en connivencia por medio de nuevas alianzas políticas persiguieron con tanta saña como cualquier autoridad católica romana. Solamente en América podrían sus descendientes, los Huteritas, los Menonitas y los Amish, encontrar una paz y una seguridad relativas.

Desde luego, existían ciertos límites prácticos para la Reforma y estos eran establecidos por la clase política dirigente local de la cual dependían las nuevas iglesias protestantes para su supervivencia incluso desde antes. No en balde el Artículo 38º de los 39 Artículos de Religión establecidos en el reino de Isabel en 1563 fue instituido contra esta primera forma religiosa de comunismo a favor solo de la caridad; la cual por supuesto, no perturba necesariamente el orden existente si se maneja de la forma correcta:

“Las riquezas y los bienes de los cristianos no son comunes en cuanto al derecho, título y posesión, como falsamente se jactan ciertos Anabaptistas. No obstante, todos deben dar liberalmente de lo que poseen a los pobres, según sus posibilidades. (Artículo XXXVIII de Religión, Libro de la Oración Común)

No debería sorprendernos para nada que el éxito de la Reforma dependiese de la defensa y la cooperación del príncipe cristiano, ya que esta era aún una época premoderna en la cual era prudente para todos excepto para las almas más resistentes seguir la “Religión del Rey.” A muchos que no lo hicieron el plan les falló.

Cuando la misma Roma intentó una Reforma en la así llamada Contrarreforma, nuevas alianzas fueron cultivadas entre aquellos monarcas que permanecieron fieles a Roma y al papado revigorizados por el Concilio de Trento (1545-1563). A instancias suyas, los recién acuñados soldados del Papa, los Jesuitas, lograron un éxito notable en las misiones coloniales, pero ellos también dependían del Imperialismo Católico Europeo, si bien es cierto que a menudo era una alianza difícil en mejor de los casos. Este nuevo cristianismo imperialista competía, por supuesto, con la expansión paralela de los dominios protestantes internacionales y sus propias

misiones. Estas, por lo tanto, eran los sinergismos religiosos de los Imperios Europeos seguros de sí mismos y expansionistas, abiertos por los grandes exploradores. El occidente comenzaba a calentar sus músculos a medida que los últimos vestigios del medievalismo se disolvían en los grandes mares de la exploración facilitado por el ascenso de las ciencias naturales que hicieron que esta expansión fuera posible tanto intelectualmente como deseable comercial y políticamente. Un nuevo mundo, literalmente, estaba naciendo del antiguo y los nuevos cristianismos ahora comenzaban a socavar la hegemonía de Roma.

¿Por lo tanto, fue la Reforma solo una conveniencia religiosa para los gobernantes que por interés propio se sentían inclinados a desafiar a Roma? No, no podemos afirmar esto a partir de la evidencia. Sin el creciente impulso por la reforma en asuntos espirituales la Reforma solo hubiera redibujado sencillamente el mapa político de Europa y quizás le hubiera cortado las alas temporales al Papa. De hecho, hizo mucho más que esto. Creó nuevas expresiones del cristianismo cuyos gritos de formación eran “¡Semper reformandum!”, y “sola gratia, sola fide, sola scriptura,” [*Siempre en reforma, solo por gracia, solo por fe, solo las Escrituras*].¹ Los principios de reforma continua y una fe extraída simplemente y solo de las Escrituras, centrada en la salvación por la gracia y la fe aplicada han permanecido en gran parte intactos hasta el presente. Aquellos que los sostenían fueron llamados o de autodenominaron “protestantes” pues esta, inicialmente, era una revuelta contra la autoridad de Roma. Los Reformadores insistían en que la salvación podía ser obtenida abiertamente por un hombre honesto en cuyas manos hubieran sido puestas las Escrituras en su propio idioma. Esta democratización del cristianismo fue acelerada por la expansión de la imprenta y generó una revolución en la educación y una apertura hacia nuevas ideas a través del occidente, incluso en tierras que permanecieron en gran parte o exclusivamente católicas. Sin embargo, los cristianos protestantes rara vez se ponían de acuerdo fuera de sus propias agrupaciones confesionales (precursoras de definición de las denominaciones del siglo XIX) sobre cómo las Escrituras debían entenderse y aplicarse. La fractura del cristianismo occidental a lo largo de estas líneas defectuosas destruyó totalmente cualquier comprensión de la unidad cristiana y con frecuencia en épocas más sangrientas condujo a la persecución mutua, a las guerras de religión y a nuevos antagonismos entre los estados protestantes y católicos. Si los sabios consejos del humanista y gran erudito cristiano, Erasmo de Rotterdam, hubieran prevalecido el occidente se hubiese ahorrado estas brutalidades,

¹ En algunos lugares, especialmente en Inglaterra y algunas partes del norte de Europa el papel de la Tradición y luego de la razón fue reconocido por los Reformadores Protestantes. Sin embargo, la Escritura había de ser siempre el punto de referencia supremo y por encima de todo. Las disputas en la interpretación de las Escrituras en esta época estaban relacionadas principalmente con los papeles respectivos jugados por la gracia y el libre albedrío en la salvación. El clásico conflicto en esta época fue entre los seguidores de Juan Calvino (para quien la gracia lo era todo) y Jacobo Arminio (que reconocía un papel más firme para el libre albedrío y las facultades humanas).

pero no había de ser así. Había demasiado por lo cual contender, por imperios incluso del Estado y del alma, por pasiones que ya habían sido encendidas por siglos de desaliento e indignación y esto exigía un sacrificio. Algunos dirían que aquí murió el Occidente Cristiano, pero la “vieja dama” había estado enferma por un buen tiempo, de hecho, bien antes del siglo XVI. Desde luego, de esta refriega surgió un nuevo fenómeno... el antagonismo hacia el Cristianismo mismo. Enmudecidas al principio, estas voces iban a hacerse más fuertes durante la Ilustración y más allá. Por el momento todos supieron en el occidente que no había marcha atrás. El mundo cristiano latino había cambiado para siempre.

Suplemento - La Ortodoxia y el Occidente durante la Reforma

(Extracto de un artículo por el antiguo P. Diácono John-Mark Titterington)

Las victorias turcas en Asia Menor tuvieron dos grandes efectos sobre la Iglesia, para la cual la supervivencia se convirtió en el aspecto más importante. En primer lugar, como era de esperar, causó un recrudecimiento del conservadurismo – nada podía ser cambiado o realmente, no debía hacerlo. En segundo lugar, condujo con el tiempo a lo opuesto de esa actitud: a cierto grado de occidentalización. Sucedió debido a los contactos que hizo la Iglesia en países no musulmanes con miembros de otras tradiciones cristianas, por ejemplo, con los jesuitas y los luteranos, y en Constantinopla misma, con los capellanes de las embajadas extranjeras, que a menudo desempeñaban roles tanto religiosos como políticos. En comparación, los ortodoxos reconocían que a menudo carecían de nivel educativo y surgió la tendencia entre los ortodoxos de amplias miras de ir a Europa para su educación.

El primer encuentro importante entre ortodoxos y protestantes comenzó en 1573 cuando una delegación de eruditos luteranos de Tubinga, visitaron Constantinopla y entregaron al Patriarca una copia de la Confesión de Augsburgo traducida al griego. Obviamente, ellos esperaban comenzar alguna especie de reforma entre los griegos. Como uno de sus líderes dijo: “Si ellos desean tener en cuenta la salvación de sus almas, deben unirse a nosotros y abrazar nuestra enseñanza, o de lo contrario perecerán eternamente.” El Patriarca les escribió tres cartas y finalmente dio por terminada la correspondencia, pero el intercambio muestra el interés que sentían los reformadores por los ortodoxos. Más importante, las respuestas del Patriarca son la primera respuesta clara de la Ortodoxia a las nuevas doctrinas de la Reforma. Las principales materias discutidas fueron el libre albedrío y la gracia; las Escrituras y la Tradición, los sacramentos, la oración por los difuntos y los santos.

Ese intercambio terminó amigablemente, pero no fue así con el primer encuentro mayor con Roma. Este sucedió en Ucrania que en esa época era parte de Lituania y Polonia debido a la unión de sus gobernantes, y los jesuitas tenían mucho interés en convertir al pueblo de la “Pequeña Rusia” como era llamada Ucrania, en católicos romanos. Finalmente, en 1596, se

convocó un concilio en Brest-Litovsk para proclamar la unión con Roma, pero dos obispos y una gran delegación de los monasterios y las parroquias votaron por permanecer ortodoxos y al final ambas partes se excomulgaron mutuamente. Este concilio de 1596 ha tendido a amargar las relaciones entre romanos y ortodoxos hasta la época moderna.

Uno de los representantes del Patriarca en Brest-Litovsk era un joven sacerdote griego llamado Cirilo Lukaris. Se sintió horrorizado por el tratamiento dado al pueblo de la Pequeña Rusia por los polacos y cuando se convirtió en Patriarca, dedicó buena parte de sus energías a combatir toda influencia católica romana en el Imperio Turco. Esto significó que se sumergió profundamente tanto en política como en la oposición natural a Roma, el luteranismo. No menos de cinco veces fue Cirilo desplazado del trono patriarcal y cinco veces fue restaurado. Al final, fue estrangulado y su cuerpo fue lanzado al Bósforo - un trágico fin, porque fue un hombre capaz. Pero, a veces es apodado como “el Patriarca Calvinista” por un libro que escribió llamado “Confesiones” que fue condenado por no menos de seis concilios locales entre 1638 y 1691. Este fue escrito después de su contacto con un calvinista holandés, Cornelio van Haag que influyó de forma significativa en una dirección reformada, pero estaba realmente solo al tomar este camino.



*Traducido al español y editado por:
Triantáphyllos R. Pérez Moya. M.A, Th.D.
Ranchuelo.
Villa Clara.
Cuba*